

Teresa

Antón Benjamín

Teresa y yo éramos felices. Disponíamos de una posición económica holgada, que nos permitía darnos un capricho de vez en cuando, y de tiempo para disfrutar de algunas aficiones. A mí me gustaba leer y a Teresa escuchar la radio.

No tuvimos hijos. Ella abocó su pasión de madre en dos perros caniches y su vocación de ayudar al prójimo, emulando la de su homónima de Calcuta, en tareas de voluntariado en las que siempre se involucraba más de lo conveniente. No era raro, pues, que arramplase con mantas, con abrigos y trajes en uso de nuestros armarios para llevarlos a los centros de caridad, o que llegase a casa acompañada de alguna joven embarazada con tres churumbeles mocosos y un carro de la compra, que Teresa llenaba generosamente con víveres de nuestra despensa.

Por eso no me cogió de sorpresa, aunque creí que se excedía, el día que apareció con un esqueleto andante, al que presentó como Nieves, una ‘amiga’ que venía a vivir una temporada con nosotros hasta que se repusiese de la grave enfermedad que le acechaba.

A primera vista, y hasta que dijo su nombre, su imagen no daba indicios que permitiesen saber si se trataba de un hombre o de una mujer, ni de qué color era su pelo o sus ojos inhóspitos, a pesar de que éstos eran lo único que se abría inmenso al fondo de esa figura anoréxica de piel y huesos, resbalada dentro de un chándal viejo de color azul marino.

Teresa había trazado un concienzudo plan para lograr su objetivo después de haber consultado manuales y especialistas en la materia. De mí solo esperaba que tuviese paciencia, ya que no iba a prestarme toda la atención que solía, aunque deseaba que fuese amable con nuestra invitada y participase en el juego.

Mi vida se convirtió en una sucesión de ceremonias, cuyo altar era siempre la mesa y el ritual consistía en comer. Hacíamos cinco comidas al día. Cinco veces vestíamos la mesa con mantel y servilletas de hilo; con dobles platos y bajo-platos; con primeros, segundos y postres, además del aperitivo previo. Todo ello envuelto en un ambiente cálido y acompañado de una amable conversación.

En tres meses apenas si pisamos la calle, siempre pendientes de Nieves y de lo que ingería. Ella, al principio, se mostró remisa, pero poco a poco se dejó llevar. Empezó a comer y a ganar peso. Sus pellejos se convirtieron en piel y tomaron color de

vida, sus ojos se tornaron de miel dorada, sus labios se hicieron rotundos y brillantes, se abrieron a la risa y mostraron unos dientes perfectos, saneados y blancos como su nombre.

Resultó que era joven, hermosa y coqueta. Me domesticó. Como el Principito del cuento al zorro del desierto: dulcemente, bocado a bocado, gramo a gramo. Aunque fui consciente de que me involucraba en una fantasía irreverente, me dejé seducir, pensando que pronto se iría y que, como el Principito, yo habría ganado un montón de recuerdos color miel: miradas cómplices por encima de la mesa, clandestinos juegos de manos por debajo y noches de amor de espaldas de Teresa.

Pero Nieves no era un zorro sabio del desierto, sino una hábil zorra de ciudad. Con la misma entrega y la misma meticulosidad que utilizó Teresa para sacar adelante la vida de Nieves, actuó ésta para sacar mi vida de la de Teresa. Cuando me vi acorralado, quise confesarlo todo, pero pensé que cometía un crimen contra la inocencia. Y me fui.

Ahora vivo solo en un oscuro apartamento. Mantengo a Nieves, que vive su vida ajena a la mía, atado a ella inexorablemente bajo la amenaza de que le cuente a Teresa nuestra historia y mi traición.

Me fui sin decirle nada. Sé que encontrará la mejor explicación a mi huida. Una respuesta positiva a mi marcha, algo limpio que me absuelva, y seguirá con su vida. Teresa es así, su capacidad para ser feliz es infinita. Y yo, sin ella, ya estoy en mi castigo.

Pero no quiero que me olvide. Desde mi soledad me invento galanas historias de amor y aventuras que justifiquen mi partida con la intención de que vuelen hasta su corazón a través de las ondas radiofónicas. Todas las noches le escribo unas notas y llamo a una emisora para que me dejen leerlas. Pero al final, no digo nada, solo me lamento de mi pérdida y me echo a llorar ante miles de oyentes.